

OSVALDO BAYER

# Prólogo: La lucha sin cuartel

Este tiempo argentino actual es tiempo de Soriano: solo él para describir los personajes actuales, solo él para detallar la gente, los gritos, los coros, el miedo, la crueldad, el dolor. Por eso me dije hace poco: voy a releer *Cuarteles de invierno*. Cuando él me visitó en el Berlín del exilio, en mayo de 1982, traía bajo el brazo justo ese libro, recién impreso. Pocas veces lo vi tan contento (creo que fue la preferida entre sus obras). Todavía en el subte que nos llevaba del aeropuerto a casa, en el barrio reo de Kreuzberg, sacó la lapicera y me asentó en la primera página esta dedicatoria, plena de esperanzas, que hoy me entristece, me llena de penas e ironías. Dice: «A Osvaldo Bayer, para que siga en la lucha que dos meses más, dos meses menos, vamos a ganar. Con toda mi amistad, Soriano. 30/5/82, Berlín».

Dos meses más, dos meses menos. Han pasado ya más de veinte años. Y ahí tenemos esta Argentina de hoy, con Bussi, Patti y Rico como candidatos de la democracia de niños de estómago vacío y mirada asustada. ¿Lágrimas, tristeza, impotencia? Recuerdo todo lo planeado en ese año 1982, preparándonos ya para el regreso. El país iba a ser distinto. Adiós para siempre a los generales de desaparición y picana,

pero también adiós a los políticos de comité. Para siempre fuera de la vida diaria los uniformes, y dignidad para los luchadores que la sociedad calificaba de desaparecidos. 1982-2003: más de dos décadas entre una fecha y otra, y la policía espanta a las obreras de Brukman con granadas a la altura del vientre, y un comisario histérico grita ante las cámaras de televisión: «¡Son bombas molotov, tienen bombas molotov, son izquierdistas!», mientras agita una botella de plástico con orina adentro. Estampa para Soriano; escena para su nuevo libro, en este mayo del 2003. Con jóvenes caídos en plaza de Mayo, en puente Pueyrredón. Con una Argentina que pasó de ser patria del mundo a tierra de limosnas en corralito, y a sus plantas rendido un león.

De estar Soriano entre nosotros, su computadora hubiera registrado las crónicas del 20 de diciembre del 2001 hasta ahora, día por día. Con sus bichos, sus asesinos, sus desmesurados, sus épicos, sus mentirosos, sus camanduleros, sus llorones. Los de siempre, antes y después. ¡Qué galería hubiera pergeñado Soriano con Rodríguez Saá, Duhalde, el indescriptible Carlos Saúl, Reutemann el eterno segundo, Ruckauf el disimulado (a quien Soriano seguía de cerca porque, decía, era el más característico de nuestros políticos desde los tiempos de Chicho Grande), el Cavallo ya escondido pero López Murphy agregado como nuevo integrante del elenco, y siempre Barrionuevo y Juárez Mortaja, y los moderados llorones, que de radicales no tienen nada, y usan la moralidad en discursos mientras meten bala y firman el «yo no fui!» Y las demás figuras de ahora y ayer nomás: la sombra de quien nunca morirá, el turco Yabrán perdiéndose entre los árboles, y el caballero Yoma y aquel director de la aduana que no sabía hablar castellano, y los vendedores de armas por inocencia, y los fantasmas de los dueños del país (o, mejor

dicho, de medio país porque se vendieron el resto), todos con modales de Última Cena en un Grand Guignol. Pero también los grones que cortan las rutas, las maestras que enseñan en las carpas y los anarquistas que vuelven del fondo de los siglos poniendo en marcha fábricas vacías y cantando la utopía en asambleas barriales. Yo los voy acomodando en la repisa para que Soriano elija y les dedique una página argentina a cada uno de ellos en su infinita novela sobre la Nueva Colonia Vela.

*No habrá más penas ni olvido* fue la primera parte. Ahí está el peronismo de 1974; la mejor descripción literaria del peronismo. Están todos y todos mueren por el general: unos buscando la ayuda de los militares y de la policía; los otros, creyendo que el joven de barba nacido en Rosario y muerto en el cañadón boliviano tenía razón. Los verdugos y los discípulos de los sueños y los proyectos del horizonte. Soriano quiso dejar una estampa del peronismo porque era un tema que lo volvía loco. Cien veces discutimos —y yo lo escuché en otros tantos debates— tratando de encontrar una plataforma común que nos llevara a una comprensión de ese fenómeno exclusivamente argentino por sus idas y vueltas, por sus extremos y sus medios. No pudimos nunca. Yo tenía la experiencia de haber vivido intensamente, como obrero y estudiante, el primer peronismo, cosa que él conocía solo por referencias de su padre, dada su edad. Pero lo captó profundamente en imágenes. El combate de la Municipalidad de Colonia Vela es el gran mapa donde se describen los diversos climas y reacciones del peronismo y Perón, más allá de toda sospecha. Lo bastardo y lo heroico de sus huestes; las traiciones más bajas y el poner el pecho; el correr a los cuarteles y el jugarse por entero. De Perón a Jauretche; de Evita a Isabelita; de Juancito Duarte a John William Cooke. Y, por debajo, el comisario general y ministro José López Rega, aquel «peronista de Perón». Y, por

encima, esa maldición tan temida, «el comunismo» —no se sabe cuál—, como si fuera la lepra y el antiargentinitismo al mismo tiempo, el culpable de todo.

Por eso *Cuarteles de invierno* fue la segunda parte. Lástima que no llegara a redactar la indispensable tercera parte, pienso mientras releo *Cuarteles de invierno*. Pero al llegar a la última página me digo: está todo dicho. El poder militar en Colonia Vela y los representantes del pueblo vencido. La humillación es permanente, desde el autor al lector. Nos humillan porque nos humillamos. El boxeador ex ídolo y el cantor de tangos, los dos sospechados de comunistas. El pueblo aplaudiendo a los torturadores que nos vienen a uniformar. El político Exequiel Ávila Gallo que les abre el camino: obediencia debida. No es difícil imaginar a Soriano dibujando la plaza de Mayo aquel 19 y 20 de diciembre y el puente Pueyrredón. Repetiría la descripción precisa del ejército de Colonia Vela en *Cuarteles de invierno*, los mismos bestias de la desaparición de personas. Así, sin adjetivos. Es el clima que rodea al boxeador Sepúlveda, preferido de los militares, frente al débil y popular Rocha, el Gatica ya vencido.

Sé que al leer nuestras estadísticas del hambre y la desocupación se pondría a llorar, con ese pañuelo blanco, grande, parecido a una bandera, que usaba en las madrugadas de invierno. Pero sé también cuánto le gustaría ese «CUTRAL-CÓ 2, GENDARMERÍA O», que fue el cartel que iban poniendo los vecinos de ese pueblo para referir las veces en que ellos corrieron con cascotes a los uniformados de ametralladoras.

En nuestras caminatas por los bosques de Goethe y de Nietzsche en aquel 1982, nos aproximábamos a un socialismo abiertamente democrático, fácil de digerir, después de los fracasos de los populismos y de los infames crímenes

militares. Él, ya en lecturas tempranas, se había entusiasmado con Trotski. Yo seguía, sigo y seguiré soñando con los principios libertarios. Fueron largas, interminables discusiones, porque Soriano en esa época revolvía mucho a Marx (es decir, que no es como dicen las malas lenguas: que mi tocayo de lo único que hablaba era de San Lorenzo). A lo largo del lustro desde su partida en 1997, cada vez que se fue aproximando la malhadada fecha de otro aniversario de lo nefasto, nos dedicamos al recuerdo del amigo, de su mujer, Catherine, y de su hijo y vivo retrato, Manuel, que habían partido para Francia. Hoy nos parece que deberíamos superar los aniversarios y hablar de él como intérprete de lo que está pasando. Arlt fue el genio que nos describió tal cual el Buenos Aires de la Década Infame. Soriano nos dejó las estampas vivas de esa Argentina traumática de los 70. Y, si siguiera entre nosotros hoy, en sus páginas retrataría a todos: los traidores y los consecuentes, idealistas y policías, la mano abierta y la mano en la lata, los nobles y las ratas. Todos argentinos. En la verdadera literatura se puede comenzar a entender la historia profunda.

# Cuarteles de invierno



Los dos hombres que esperaban en la estación tenían cara de aburridos. El que parecía ser el jefe llevaba un traje negro brillante y tenía un pucho en los labios. El otro, un gordo de mameluco azul, agitaba una lámpara desfalleciente en dirección al maquinista. Levanté la valija y avancé por el pasillo. El coche estaba casi vacío y la gente dormía a pata suelta. Salté al andén y miré alrededor.

Del vagón de primera bajó un tipo que andaría por los dos metros y los cien kilos; se quedó un rato mirando para todas partes, como si esperara que alguien le pusiera un ramo de flores en las manos. El gordo tocó pito y empezó a insultar al maquinista. El hombre de negro se me acercó y me saludó con una sonrisa.

—Usted es Morales —dijo sin sacarse el pucho de los labios.

Le devolví la sonrisa.

—No, yo soy Galván.

—Andrés Galván. —Me tendió la mano—: Carranza, jefe de la estación. ¿A qué pensión va?

Iba a preguntarle cuál me recomendaba cuando vi a los soldados. El más alto me apuntaba sin mucha convicción; el



otro, un morocho que tenía el casco metido hasta las orejas, se quedó más atrás, casi en la oscuridad. El suboficial llevaba uno de esos bigotes que ellos se dejan para asustar a los colimbas.

—Documentos —me dijo.

El jefe de la estación sacó una voz ronca y pastosa:

—Es Galván, el cantor. Buen muchacho, parece.

Le alcancé la cédula. El milico la miró un minuto, le dio unas cuantas vueltas y anotó los datos en una libreta.

—¿Viene a la fiesta? —preguntó sin mirarme.

—Sí. Contratado por el señor Suárez.

—Capitán Suárez —corrigió.

—Capitán Suárez —repetí.

Me devolvió la cédula, miró sobre mi hombro y pegó un grito:

—¡Alto!

El grandote que había bajado de primera clase estaba a punto de piantarse por la puerta que daba a la sala de espera. Los dos soldados le apuntaron a la espalda; no hacía falta ser un campeón para mantenerlo a tiro porque el punto tenía una espalda justa para servir un banquete.

Dejó el bolso en el suelo y los miró sin sorpresa. Tenía la cara tristona y parecía cansado de arrastrar ese cuerpo por el mundo. Llevaba una campera de cuero larga y unos jeans gastados.

—Contra la pared —dijo el suboficial y le indicó el cartel de propaganda de un restaurante. El grandote no se hizo rogar: levantó las manos, echó las caderas para atrás y apoyó las palmas contra el aviso. El soldado morocho lo empezó a palpar pero se cansó enseguida. El suboficial se mantenía a distancia y miraba la cédula bajo la luz amarillenta.

—Rochita —dijo el jefe de la estación a mi espalda. El tren arrancó y me perdí lo que agregó a continuación.

—¿Qué me decía?

—Rochita —señaló al grandote que miraba tieso cómo le desarmaban el bolso—, buen pegador el pibe. Un poco lento para mi gusto, ¿no?

Lo miré. Rápido no parecía. Ni nervioso, pero nunca se sabe con tipos de ese tamaño.

—No sé —le dije—, nunca lo vi.

—Por la televisión —dijo el jefe—, cuando lo volteó al paraguayo. Tiene una piña de bestia, pero es muy lento. —Se me acercó y agregó en voz baja—: ¿Es cierto que está terminado?

—¿Por qué está terminado?

—Dicen. Usted que es de Buenos Aires debe saber.

Le repetí que no lo conocía y salí por la sala de espera desierta. Una avenida con árboles florecidos parecía llevar al centro. Empecé a caminar despacio. En la esquina había un baldío cubierto de yuyos entre los que alguien había construido una especie de rancho sostenido por dos árboles robustos. Un par de cuadras más allá pasé frente a un boliche donde seis tipos jugaban al truco y tomaban copas. Miré a través del vidrio, sin pararme, y crucé la calle. Un aire cálido, sereno, acariciaba las hojas de las acacias. Por la avenida pasó un jeep del ejército en el que iban los tipos que nos habían controlado en la estación. Me acordé que antes de salir me había preparado un sándwich de jamón y queso. Apoyé la valija sobre el capó de un auto y saqué la bolsita. Seguí andando, mordiendo el pan gomoso, mirando las viejas casas grises, tratando de adivinar qué haría la gente de ese pueblo a las diez de la noche. Entonces escuché a mi espalda un estruendo de pasos, como si King Kong se hubiera escapado otra vez. Me di vuelta, discreto, y vi al grandote que caminaba apurado por el medio de la calle. Apoyaba los pies contra el asfalto como si viniera aplastando hormigas. Me paré a verlo llegar. Era

cierto que no tenía mucho juego de cintura, ni de rodillas, ni de tobillos. Caminaba con la cabeza echada hacia adelante y llevaba el bolso sobre la espalda. Se paró delante mío, agitado.

—Lo alcancé —dijo con una voz que parecía salir de una cueva.

Tenía los ojos algo pequeños para esa cara y la nariz tan aplastada como la de cualquier veterano. Lo miré un rato sin saber qué decirle. Por fin me salió algo.

—¿Todo bien?

Sonrió y dejó el bolso en el suelo.

—Sí —dijo y me miró con cierta timidez—. Yo tengo un disco suyo, ¿sabe? Ese que tiene *La última curda*.

Lo decía como si fuese el único tipo del país que tuviera un disco mío. Mastiqué el último bocado del sándwich y lo dejé venir.

—¿Va a cantar aquí? —me preguntó mientras sacaba un pañuelo y se lo pasaba por el cuello.

—En la fiesta. Mañana es el aniversario del pueblo.

No había terminado de decírselo que ya sacudía la cabeza, asintiendo, como si eso lo pusiera contento.

—Usted también vino a hacerse unos mangos, ¿eh?

La pregunta era un poco atrevida considerando que tenía un disco mío. Abrí los brazos como diciendo «ya lo ve» y él volvió a sacudir la cabeza.

—Rocha, encantado —dijo y me tendió un brazo largo y grueso como una manguera de incendios.

—Encantado —dije.

Levantó el bolso y empezó a moverse hasta que todo su cuerpo estuvo listo para dar el primer paso. Caminamos en silencio y me estuvo mirando todo el tiempo. Al llegar a la esquina me palmeó la espalda, compinche, y me dijo:

—Usted canta lindo, carajo.



La vieja nos mostró el cuarto del fondo. La puerta daba a un patio amplio, lleno de flores, al que rodeaba una galería abierta. Sobre una de las camas dormía un gato que apenas despegó los ojos para ver quién entraba. Rocha miró las paredes, el techo y los crucifijos sobre las camas.

—No me gusta —dijo—, no tiene ventanas.

La vieja lo miró, un poco molesta, y se acercó a la puerta esperando que nos decidiéramos.

—¿No tiene a la calle? —Parecía deprimido—. Yo necesito ventana, aire, mucho aire. Soy boxeador, ¿sabe?

Nadie hubiera pensado que era cura, ni hombre de negocios.

—Y mi amigo canta —agregó—. Los dos vivimos de los fuelles, señora.

—Les puedo preparar un cuarto a la calle, pero es otro precio.

Rocha movió la cabeza.

—Me gusta, abuela, está bien —dijo, satisfecho.

—Les cuesta cien más que esta porque tengo que prepararla especialmente.

Era más de lo que yo hubiera querido gastar, pero Rocha se me adelantó.

—No se haga problemas por el precio, abuela. Si nos da la llave nos vamos a comer algo. ¿Es muy tarde para comer en este pueblo?

A la vieja no le gustó lo de «este pueblo» pero nos indicó el lugar.

Yo me hubiera conformado con el sándwich, pero el grandote irradiaba una vitalidad contagiosa y decidí acompañarlo.

Era el restaurante donde la gente va a estrenar la ropa. Rocha se paró a poco de atravesar la puerta y miró el salón. Cualquiera forastero hubiera llamado la atención, pero aquel gigante era una función aparte. Atravesamos la mitad del local y ya toda la gente nos miraba. Rocha sonreía y saludaba a todo el mundo con caídas de cabeza que nadie devolvía. Había media docena de mesas ocupadas y casi todas estaban en el postre. Yo me apuré a llegar al fondo para escapar de los curiosos, pero cuando iba a ocupar la última mesa escuché un chistido que venía desde lejos.

—Acá, Galván, acá está fenómeno.

No gritaba, pero tampoco tenía la voz justa para pasar quiniela. Se había sentado en el centro y miraba al mozo, sorprendido de que no lo atendiera todavía. Caminé lo más discretamente posible y me senté frente a él.

—¿Por qué se esconde? ¿No ve que acá somos personajes?

Había una calurosa ternura en su mirada. El mozo se acercó y nos dijo «¿Señores?», pero se dirigía solo a mí; era un colorado de calva vergonzante mal cubierta por el pelo que arrastraba desde la nuca. Yo elegí un bife con papas fritas. Rocha pidió parrillada para dos y un litro de vino, pero el mozo siguió mirándome como si fuera yo el que invitaba.

—Entonces no va el bife —me dijo.

—Sí, para mí —contesté.

—Y parrillada para dos —insistió Rocha.

—Mire que viene abundante —me dijo el tipo.

Rocha le puso una mano sobre un brazo y lo hizo girar sin dulzura.

—Para dos —le dijo, serio.

El pelado se fue sin hacer más comentarios.

—Nunca hay que hacer enojar a los mozos —comentó Rocha, arrepentido—; le pueden arruinar la comida antes de traerla. Le digo porque yo fui mozo.

—No en los pueblos —le dije, esperanzado—. Aquí hay menos maldad.

Empezó a reírse. Su risa me ponía nervioso.

—Cómo se ve que usted sale poco de la capital —dijo al fin y se pasó la mano izquierda por el pelo abundante y grasiento.

Entonces vi la cicatriz que le cruzaba todo el dorso. En la mesa vecina, dos hombres nos observaban y hablaban en voz baja. Uno vestía traje gris, era joven, y no parecía un notable; el otro, petiso, cincuentón, lucía un enorme moño rojo en el cuello de la camisa blanca. El traje negro era impecable, pero el chaleco le apretaba la barriga.

El mozo trajo la comida y el vino. Rocha acercó la cabeza a los platos y estuvo mirando un rato.

—Coma tranquilo —me dijo—, ni rastro de gargajo.

A pesar de todo, comí. Antes de que yo acabara con las papas fritas, Rocha había devorado la parrillada y vaciado la botella de vino. Después chistó al mozo como si llamara un taxi. Esta vez el pelado se mantuvo a distancia.

—Frutillas para dos y café —pidió.

Estuve mirándolo un rato, con bronca, mientras él masticaba el último pedazo de pan.

—Vine a trabajar, no a comer como un bacán —dije—. ¿Se cree Cassius Clay?

Me miró como si no entendiera un pito.

—¿Usted lo vio alguna vez a Cassius Clay? —murmuró.  
Era imposible mantenerse enojado mientras sus ojos se ponían ansiosos.

—Un par de veces, por televisión —dije.

Se quedó callado y fue cargándose de un aire fingidamente modesto.

—Yo hice guantes con él en la Federación Argentina, cuando vino la primera vez.

Se quedó esperando el efecto que me hacía.

—¿Y?

—¿Usted se cree que todo el país hace guantes con Clay? El mozo trajo las frutillas y el café, pero Rocha ni se dio cuenta. Corrió la silla hacia atrás y se puso en guardia.

—Yo lo tenía junado. Todos lo dejan venir, lo dejan jugar con la zurda y venir. Eso es paliza segura.

—No demos un espectáculo —dije.

No me oyó. Tiró la derecha desde afuera y dejó que el puño se detuviera a diez centímetros de mi cara. Miré discretamente a los costados. Una pareja joven se iba; el muchacho ayudaba a su rubia a ponerse el abrigo. El petiso de moño rojo se había quedado solo y nos miraba con ganas de participar.

—Así es como toda la gilada va a la lona, ¿ve? Pero si yo me le meto entre los brazos, ¿qué pasa?

Dejó caer los puños y estuvo esperando que le contestara.

—Las frutillas —le indiqué.

Pareció sorprendido de tener la copa adelante. En menos de un minuto la había vaciado.

—Si me acompaña tomaría otro medio. —Señaló la botella. Temí que el vino lo pusiera peor.

—Vamos a otro lado. Aquí van a cerrar.

Miré a los costados. En el salón no quedaba más que el petiso que no se perdía detalle.

Tenía una impecable peinada a la gomina con la raya alta y su pecho apenas asomaba encima de la mesa.

—Está bien —suspiró y chistó al mozo que vino apurado, contento de que nos fuéramos. Rocha sacó una billetera de cuero deshilachado—. Yo pago —dijo. Tenía un endeble aire de superioridad. Dispuesto a no dejarme atropellar, le dije:

—No, no, pagamos a medias.

Sonrió. Su sonrisa subrayaba mi pequeña miseria y agrandaba su falsa dignidad. Sacó unos billetes y se los tendió al mozo. El pelado sonrió a su vez y se quedó inmóvil mirando a Rocha.

—Ya está pago, señor —dijo y miró a la mesa donde el petiso se había puesto de pie—. El doctor los invita —agregó el mozo con un tono que mostraba cuánto respeto tenía por el doctor.

Me preparé a agradecerle como correspondía, pero Rocha ya estaba preguntando con el tono resentido de un mocoso al que le quitan el chupetín de la boca:

—¿Qué doctor?

—Doctor Exequiel Ávila Gallo, para servirles —dijo el petiso que ya estaba junto a nuestra mesa.

Nos tendió una mano pegajosa y blanda. Luego levantó un bastón tallado en madera y señaló la puerta.

—¿Les molestaría acompañarme con una copa, señores? —Sonreía y al hablar el moño brincaba sobre el cuello regordete—. Quisiera conversar un momento con ustedes.